



Ayúdame y te ayudo

Carlos Humberto Contreras

Tentzohua*

Otro medio día seco y caluroso en Cuernavaca. Las rutas van escuchando banda y reggaetón a todo volumen. El ruitero de la unidad en la que va Paola está escuchando el éxito del momento, esa rola de reggaetón cuyo verso principal reza: Ere putica, ere putica, a mí me encanta tu panochita. Ere putica, ere putica, a mí me encanta tu panochita.

Dos chavas de secundaria la van cantando, y una dice: —Me encanta esa rola— su amiga le contesta: —A mí también, en la fiesta de Iván la escuchamos a cada rato. Ere putica, ere putica, a mí me encanta tu panochita..... ahahahahaha—.

En ese instante las dos hacen movimientos de reggaetón con sus brazos, disfrutando de la letra y del ritmo de esa canción.

Paola también conocía a la perfección esa canción. En una fiesta que hicieron los chavos de la secundaria, como hace tres meses, ella bailó varias veces esa canción con su novio, quién tenía como seis años más que ella. Ese día él estaba tenso. Se había cumplido un mes desde que él le pidió la prueba de su amor. Ella todavía no se había decidido. Pero como amaba a su novio más que a nada en el mundo, decidió entregarle la prueba justo cuando el organizador de la fiesta puso de nuevo esa rola a petición de la banda, que gustosa comenzó el perreo intenso de nuevo. De repente Paola sintió un leve dolor en sus partes, pero la prueba de amor se cumplió. El problema fue que se embarazó, y el novio huyó de su casa. Dicen que se fue a Estados Unidos. Lamentablemente sus padres eran personas muy intolerantes, el padre era desempleado y alcohólico, y la madre muy devota de la virgen, por lo cual la corrieron de la casa, y ella se tuvo que ir a vivir con su hermana mayor,

* Egresado de Maestría en Humanidades en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

la cual le advirtió que debía encontrar pareja pronto, pues si no ella la echaría de su casa también.

Ese día iba a ver a Fabián, su novio anterior, al cual dejó para andar con alguien más interesante. Él, con dieciocho años, trabajaba como vigilante en un supermercado muy cerca de Rio Mayo. Antes de bajarse de la ruta, comenzó otra canción, una que iba: ¡Dame más pepita mami, dame más pepita mami! ¡Dame más pepita mami, dame más pepita mami! ¡Dame más pepita mami, dame más pepita mami!

Llega caminando a donde está Fabián. Él está justo en la entrada de la tienda, vigilando a quien entra y sale. Él la ve y la saluda.

—Hola.

—Hola.

— ¿Estás bien?— Le dice él a ella.

—Sí. ¿Podemos hablar?

—Pues yo creo que como en media hora, a esa hora salgo a comer. Mientras espérame ahí en esas mesas.

—Está bien.

Pasa la media hora, y Fabián sale con su comida y su refresco para almorzar. Se sienta en la mesa con Paola.

— ¿Quieres?

—No gracias— le dice a Fabián.

—Me vuelves a rechazar entonces.

—No no...

—Ándale sólo un taco.

—Bueno.

Ella toma una tortilla de las que lleva Fabián, le echa frijoles y una rebanada de jamón. La come gustosa. En realidad si tenía hambre. Se come otros dos tacos.

— ¿Te gustó?

—Sí. Gracias.

— ¡Qué bueno! Bueno, pues dime, qué es lo que me quieres decir.

—Ah pues es que estoy embarazada.

— ¿De Mauricio no? ¡Felicidades!

—Gracias. Pero, bueno, es que verás, Mauricio se fue y no sé dónde está.

— ¿Ya lo has buscado?

—Sí, pero en su casa me dicen que no saben, y me corren, me dicen que no es su problema.

— ¡Qué pena!

—No creo que vaya a regresar.

—Es que me pidió la prueba de amor, y yo lo quería mucho y....

—Lo siento.

— ¡No sé qué hacer!

—Tranquila, todo se solucionará.

—Gracias. Eso espero. Pero bueno, lo que te quería decir es que si no quieres ser el padre de mi hijo—. En ese momento Fabián sintió un ligero golpe en su pecho. Se quedó sin palabras. Pero luego reaccionó, y dijo:

—Híjole, pues la neta, discúlpame, lamento mucho tu posición, pero no puedo ayudarte, lo lamento.

—Es que necesito tu ayuda. Nadie me quiere ayudar en mi casa, ni tampoco mi hermana. En todos lados se burlan de mí, y no me ofrecen apoyo. — En ese momento una lágrima cayó de su ojo.

—Tranquila, cálmate. Es que discúlpame, pero no puedo, no es mi responsabilidad.

—Pero necesito tu ayuda.

—Ya lo sé. Pero es que me quieres cargar con un peso que no es mío. Yo no tengo la culpa de que te hayas embarazado.

—Es que me pidió la prueba de amor, y yo lo quería mucho y....

—Ah, pues pídele la prueba de amor, y que se haga responsable de lo que te hizo.

—Pero no sé dónde está. Y yo no puedo hacer nada.

—Es mentira, claro que puedes. Si pudiste tener sexo, podrás parirlo y mantenerlo. Yo no puedo, no es mi responsabilidad. Con pedos puedo mantenerme a mí.

— ¡No seas duro! ¡Hazlo por amor, por los viejos tiempos!

—En los viejos tiempos yo te amé, y quise ser feliz. Pero un día, ¡acuérdate!, llegaste y terminaste conmigo. Me dijiste "quiero andar con alguien que sea divertido". Y ¡mira! ¡Lo conseguiste!

— ¡No sigas por favor!

—Lo siento, pero pues deberías saber que desde ese día me la pasé embriagándome por un año completo, y que vendí todo lo que tenía para continuar con las borracheras. Me la pasé llorando por un año, ¡por ti! Hasta que me cansé, y les pedí de favor a mis papás que me llevaran a Alcohólicos Anónimos, para por fin dejar la bebida. ¿Y sabes qué? Lo logré. Lamento lo que te ocurre, pero no te puedo ayudar.

—No me dejes sola por favor.

—Lo siento, ya se acabó mi hora de comida, te pido por favor que no vuelvas.

En ese instante Fabián tomó sus cosas, se levantó de la mesa y abandonó a Paola. Regresó a su trabajo. Paola se aguantó sus ganas de llorar. Se quedó sentada ahí por unos cinco minutos, y luego se marchó. Comenzó a caminar por la avenida, se sentía triste y desolada, no había ningún consuelo, solo dolor. Sin que se diese cuenta, un taxi la seguía, hasta que se le emparejó, y el taxista le habló:

—Señorita, señorita. ¿A dónde la llevo?

—No tengo dinero.

—No se preocupe. ¿A dónde la llevo?— En ese instante Paola abre la puerta y se sienta al lado del taxista. Él empieza a manejar.

—Espero no se moleste señorita...

—Paola.

—Paola, ok, espero no se moleste Paola, pero escuché su historia sin querer, estaba sentado cerca de usted, cuando hablaba con su amigo. Mire, lamento su historia, y las dificultades por las que está pasando. ¡Por favor no se ofenda!

—No se preocupe.

—Mire, en estos días todo está muy difícil, y pues la gente no es solidaria con nada, y pues lamento lo que le sucede.

—Gracias.

—Pero yo creo que todo se solucionaría si todos nos diéramos la mano, y nos ayudáramos, ¿no le parece?

—Sí.

—Insisto, no quiero que piense que soy un aprovechado, yo quiero ayudarla, pero necesito saber si usted podría ayudarme a mí.

— ¿Qué es lo que necesita?

—No se vaya a enojar Paola, por favor.

—Pues dígame ¿qué necesita?

—Esto—. En ese momento el taxista comenzó a acariciar el sexo de Paola. Ella sólo se asombró y veía como el brazo del taxista se movía al acariciarla.

—Por favor, no vea esto como algo incómodo. ¡Ayúdame y te ayudo! Te puedo dar doscientos pesos, y si me la chupas te puedo dar otros cien. Créeme, es lo que cobran las putas.

En ese instante Paola no supo qué otra cosa hacer, le urgía la ayuda, pero no le agradaba tener que ayudar a ese tipo. No obstante era más urgente el dinero. Como de costumbre el orgullo pierde contra las ganas de comer.

—Está bien, pero ¿en dónde?

El taxista sólo rio y se fue. Paola se fue a sentar a una de las bancas, se quedó viendo hacia Palacio de Cortés por unos instantes.

—Vamos a donde está el otro supermercado, ahí hay un estacionamiento de tres pisos.

Se tardaron como tres minutos en llegar. Se estacionó en el segundo piso, y ahí el taxista sacó su pene de la cremallera y le dijo a Paola:

—Ayúdame por favor.

Paola comenzó a succionar el pene de aquel tipo.

— ¡Métetelo todo mi cielo!

En ese instante Paola se metió todo el pene del taxista en su boca, y él la tomó del pelo y comenzó a tener sexo con la boca de Paola como si fuera una vagina. Luego la retiró, y le dijo que era hora del postre. Tuvieron sexo con condón, y como en cinco minutos se acabó. Se quedaron callados como cinco minutos más, y luego él se cerró los pantalones, encendió el coche y se fueron de ese lugar.

— ¿A dónde te llevo Paola?

—En el centro está bien. ¿Me puede dar mi dinero?

—Mira—. El Taxista sacó trescientos pesos de su cartera y se los dio a Paola.

—Yo manejo por toda Cuernavaca, voy a andar por aquí y si te veo pues podrías volver a ayudarme. Quizás el miércoles ande por aquí. ¿Te parece?

—Sí.

—Muy bien.

—Por aquí está bien.

—Ok.

El taxista la dejó justo en el Zócalo, eran como las seis de la tarde. En ese momento, justo cuando Paola abría la puerta, el taxista encendió la radio, y comenzó a sonar la canción: Ere putica, ere putica, a mí me encanta tu panochita. Ere putica, ere putica, a mí me encanta tu panochita. El taxista sólo rio y se fue. Paola se fue a sentar a una de las bancas, se quedó viendo hacia Palacio de Cortés por unos instantes. Hasta que se dijo a sí misma que seguiría buscando ayuda.